

atentado del 14 de enero. Pero el asesinato no fué jamás mi sistema y le he combatido, con riesgo de mi vida, en mis escritos y en los actos de mi vida política. Sepan mis paisanos, de boca de un patriota próximo á morir, que en lugar de apelar al asesinato, únicamente su desinterés, su abnegación, su unión y su virtud podrán asegurar la independencia de Italia, hacerla libre y digna de la gloria de sus antepasados. Voy á morir tranquilo y no quiero que ninguna mancha mancille mi memoria. En cuanto á las víctimas del 14 de enero, les ofrezco mi sangre en sacrificio, y ruego á los italianos que, cuando recobren su independencia, indemnicen á cuantos hayan padecido. Permítame V. M., al terminar, pedirle la gracia de la vida, no para mí, sino para mis cómplices que han sido sentenciados á muerte.»

La ejecución de Orsini y de Pieri tuvo lugar á las siete de la mañana del 13 de marzo. Hora y media antes, se notificó á los reos que había sido desechado su recurso de casación. Les auxiliaron en sus últimos momentos dos capellanes, el P. Hugón y el P. Rottelet. M. Máximo du Camp, que fué testigo del suceso, lo ha referido al marqués de Laborde. Orsini conservaba su porte de arrogancia elegante. Pieri parecía más bien un hombre del pueblo. Ambos debían sufrir la pena de los parricidas y, como tales, ir al cadalso en camisa, descalzos y con la cabeza tapada con un velo negro. Cuando descalzaron á Pieri, éste dijo: «Si lo hubiera sabido, me habría lavado los pies.» Abriéronse las puertas de la cárcel; el cadalso estaba levantado en la plaza de la Roquette. Los dos italianos subieron los escalones con entereza. La muchedumbre, por lo general vocinglera é innoble en semejantes espectáculos, estuvo aquella vez silenciosa y recogida; parecía reflexionar si aquella ejecución traería consigo grandes acontecimientos. Antes de poner la cabeza bajo la cuchilla de la guillotina, Orsini gritó con voz fuerte y vibrante: «¡Viva Italia!» Tal fué su última palabra.

## XXII

## EL GENERAL ESPINASSE

El nombramiento de un militar para ministro del Interior y la presentación de una ley draconiana como la de seguridad general demostraron hasta dónde llegaban la turbación y el trastorno que el atentado de Orsini había causado en las esferas oficiales. Desde la explosión de la máquina infernal en tiempo del Consulado y de la de Fieschi en el reinado de Luis Felipe, no se había visto nunca semejante pánico. No parecía sino que el suelo temblaba bajo los pies del emperador y que de pronto se había corrido un velo negro, lleno de sangre, sobre la prosperidad de su reinado. Su corte, tan brillante, tan alegre, estaba como paralizada y trató de precaverse de los peligros de que se creía amenazada apelando á una política de rigores.

El general Espinasse fué nombrado el 7 de febrero de 1858 ministro del Interior en reemplazo de M. Billault y se añadió á su título el de «ministro de Seguridad general.» Este título bastaba para indicar el cometido que se le asignaba.

El general Espinasse tenía cuarenta y dos años. Nacido el 2 de abril de 1815 en Saissac, departamento del Aude, entró en 1833 en la Escuela militar de Saint-Cyr. Después de alcanzar sus primeros grados en Argelia, había mandado en 1849 el 42 de línea cuando el sitio de Roma. El general de Saint-Arnaud, á cuyas órdenes hizo en 1851 la campaña de Kabylia, le llamó á París para tomar parte en el golpe de Estado, y él fué quien, en la noche del 1.º al 2 de diciembre, ocupó con su regimiento el palacio Borbón. General de brigada en 1852, ayudante de campo del emperador, jefe en 1854 de una brigada del ejército de Oriente, alcanzó por su bravura y sus aptitudes militares en Crimea el grado de general de división. Se distinguió especialmente en la batalla de Traktir y en el asalto de Malakoff, y era uno de los generales más jóvenes y brillantes del ejército francés.

La corte exigió al nuevo ministro del Interior que tuviera mano de hierro, sin cubrirsela siquiera con un guante de terciopelo. El emperador le escribió en carta particular: «El cuerpo social está corroído por una plaga de la que es preciso desembarazarse á toda costa. También hay prefectos de los que es menester desembarazarse á pesar de sus protectores. Para ello cuento con vuestro celo.

No tratéis de tranquilizar con una moderación inmotivada á los que se han asustado al veros encargar de vuestra cartera. Es menester que os teman, de lo contrario vuestro nombramiento no tendría razón de ser.»

Por su parte, el general ministro formulaba así su programa en carta dirigida á su soberano: «Si de 1848 á 1851 todas las instituciones sociales no hubieran corrido un peligro tan grande como nunca lo han corrido, no seríais más que un ambicioso vulgar que ha explotado en su provecho algunos disturbios pasajeros. Pero si el país ha visto y proclamado en vos á su salvador, consiste en que este peligro ha sido inmenso y de la naturaleza de los que no pueden disiparse en seis años. La Francia lo sabe, y la Francia quiere lo que ha querido en 1851... Un grito general ha llegado hasta vos, grito que no debe traducirse sino con estas palabras: «Garantizadnos una vez más el orden del que os hemos hecho representante y árbitro; y puesto que nos amenaza el mismo peligro, sed lo que habéis sido ya para apartarlo de nuestras cabezas.»

El general Espinasse declaraba en su circular á los prefectos que la Francia, tranquila y gloriosa, había contado demasiado con el apaciguamiento de las pasiones anárquicas, y que la generosidad del emperador, al multiplicar los perdones y las amnistías, había alimentado esta esperanza; pero que un execrable atentado acababa de hacer caer la venda de todos los ojos y había revelado los resentimientos salvajes, los culpables propósitos que abrigaba aún el partido revolucionario. La conclusión del general consistía en que era preciso dar á Francia, mediante una vigilancia activa, las garantías que reclamaba, y la circular terminaba con la antigua fórmula del golpe de Estado: «Ya es tiempo de que los buenos se tranquilicen y los malos tiemblen.»

No solamente en el interior adquiría la situación un aspecto sombrío. Acababan de alterarse las relaciones entre Francia é Inglaterra. El *Moniteur* había insertado á fines de enero muchos mensajes firmados por coroneles, en nombre de sus regimientos, protestando contra el atentado de Orsini. La mayor parte de esos mensajes eran irreprochables. Los firmantes se limitaban á confirmar su adhesión á Napoleón III y á decirle que si hubiera perecido á manos de los asesinos, el ejército entero se habría levantado como un solo hombre para defender el trono de Napoleón IV. Pero, aparte de este lenguaje correcto, había en algunos de los mensajes publicados en el *Moniteur* sin que se hubiera reflexionado en sus consecuencias, injurias y amenazas violentas contra Inglaterra. El del coronel Hardy, del 39.º de línea, contenía esta frase: «La indignación contra los perversos ha seguido en nuestros corazones viriles á nuestra gratitud á Dios, y nos induce á pedir cuenta á la tierra de impunidad donde se halla la guarida de los monstruos que se cobijan bajo sus leyes. Mandad, señor, y los perseguiremos hasta en los sitios en que se creen seguros.»

El coronel Cassaignoles, del quinto regimiento de cazadores de á caballo: «Por segunda vez ha sido puesta en peligro por manos extranjeras la vida de Vuestra Majestad, tan cara al ejército, tan preciosa é indispensable para la paz y el bien-

estar de Europa entera. ¡Asesinos odiosos, miserables instrumentos dirigidos por los enemigos de la sociedad!.. Estos enemigos están fuera de nuestro alcance; pero si nuestros brazos se hallan paralizados, la voluntad de V. M., la de



El general Espinasse

Francia, pueden destruir esas madrigueras de abominables conspiradores.»

El coronel Mattat, del 22.º de línea: «No expresaríamos por completo nuestro pensamiento si omitiéramos decir que nos parece monstruoso el que algunos

demagogos del peor género puedan encontrar en el mundo un refugio en que les sea permitido preparar tranquilamente el asesinato de los monarcas y la perturbación de los pueblos. En Francia lo mismo que en el extranjero la ley no puede resultar impotente. En fin, para no ocultar nada, parece imposible considerar como amigos á gobiernos capaces de conceder asilo á unos bandidos á los cuales se deja proclamar impunemente el regicidio y que terminan por lanzar á modo de reto á la honradez y á la civilización matanzas tales como la de la calle de Le Peletier.»

Estos mensajes exasperaron hasta tal punto el orgullo y la sensibilidad británicos, que hubo momento en que llegó á temerse una ruptura inminente entre Francia é Inglaterra.

Al mismo tiempo, el proyecto de *ley de seguridad general* causaba vivísima emoción. Había sido presentado el 1.º de febrero al Cuerpo legislativo, y sus ocho artículos venían á parar en una disposición que confería al gobierno un derecho vago y temible para proscribir sin formación de causa á sus enemigos, ya expulsándolos del territorio, ya internándolos en él ó en Argelia. He aquí la lista de aquellos para quienes el capricho administrativo debía equivaler á toda clase de garantías judiciales: todos los hombres que en mayo y junio de 1848, en junio de 1849 ó en diciembre de 1851 habían sido sentenciados, ó internados, ó expulsados ó transportados como medida de seguridad; todos los que hubieran sido sentenciados por atentado contra el emperador ó contra la familia imperial, por complot encaminado á perturbar el Estado por medio de la guerra civil, por empleo ilegal de la fuerza armada, por devastación y saqueo públicos, por fabricación de pasaportes falsos; todos los que habían sido reos de delitos menos bien definidos: rebelión, aunque no fuera armada, con tal que se hubiesen levantado partidas; provocación á la desobediencia para con los militares; fabricación ó aun simple detención de armas y de municiones de guerra, ó participación en movimientos insurreccionales. La ley creaba además algunos delitos nuevos, especialmente el de manejos en el interior ó en el extranjero con objeto de alterar el orden público, y el de excitación al odio y al desprecio del gobierno del emperador.

El partido liberal acogió semejante proyecto con movimiento unánime de reprobación, calificándole de *ley de sospechosos*. M. Alfredo Darimón escribió en una nota que á fines de marzo le pidió el príncipe Napoleón para presentarla al emperador: «Al día siguiente del atentado se declara á la Europa admirada que el Imperio está minado por su base, rodeado de conspiraciones, que las sociedades secretas le amenazan, y que se derrumba si no se toman medidas que autoricen al gobierno á hacer lo que le plazca de cierta clase de ciudadanos. En otros términos, se acaba de proclamar que siete años de una política gloriosa no han servido de nada, que hay que empezar de nuevo, hasta por el golpe de Estado. Los partidos estaban muertos; se los resucita: se acercaban al Imperio se los rechaza.»

Castigar franceses por un crimen cometido exclusivamente por italianos no parecía justo ni lógico.

El Cuerpo legislativo, á pesar de su docilidad habitual, mostró repugnancias significativas contra el proyecto. El gobierno trató de disipar los escrúpulos publicando en el *Moniteur* del 13 de febrero una nota en la que se decía que las nuevas medidas obedecían á un plan de conjunto resuelto hacía mucho tiempo, que el nombramiento del general Espinasse para el ministerio del Interior no modificaba en nada la política imperial y que además se aplicaría con moderación la ley de seguridad general.

La comisión elegida por el Cuerpo legislativo para dictaminar sobre el proyecto designó como ponente al conde de Morny. Éste, siempre hábil para esquivar las dificultades, declaró en su informe que los que no conspiraban, nada debían temer de una ley que no iba encaminada contra los legitimistas, ni contra los orleanistas, ni siquiera contra los republicanos moderados. El gobierno respetaría todos los recuerdos, todas sus esperanzas, y sólo se las habría con los demagogos y los fautores de conspiraciones. El conde de Morny añadía que el nuevo estado de cosas sería transitorio y que la intervención de los altos funcionarios impediría toda equivocación ó todo rigor improcedentes.

El 18 de febrero comenzaron los debates en el Cuerpo legislativo ante un público mucho más numeroso que de costumbre. Emilio Ollivier pronunció un magnífico discurso para combatir el proyecto. «Quiero, dijo, presentarme, no como hombre de partido, sino como hombre honrado; solamente me guía un objeto, tributar homenaje al derecho.» El elocuente orador terminó así su discurso, que causó gran impresión: «Debe desecharse esa ley, no por mezquina oposición, sino por cordura y hasta por adhesión al monarca y para designar el verdadero camino que debe inaugurar la política del porvenir.»

Después de dos días de discusión se adoptó el proyecto, votando tan sólo en contra veinticuatro diputados, que fueron Ancel, el marqués de Andelarre, Brame, Curé, Darimón, el conde de Flavigny, Gareau, Gouin, Halligón, Henón, Leopoldo Javal, el barón de Jouvencel, el conde Enrique de Kersaint, Königswarter, el conde Anatolio Lemercier, Legrand, el barón de Lesperut, el marqués de Mortemart, Ollivier, Julio Ouvrard, el conde de Pierres, Plichón, el vizconde de Rambourg y el marqués de Talhonet.

La ley sólo tuvo un voto de oposición en el Senado. «Pero aquel voto, ha dicho M. Darimón en su notable obra titulada *Historia de doce años*, aquel voto valía por mil; era el del general Mac Mahón. Como las sesiones del Senado no eran públicas, tan sólo un número reducido de personas conoció el discurso del general. Algunos periódicos extranjeros intentaron hacerle penetrar en Francia; pero fueron recogidos en la frontera. Si este discurso hubiera tenido gran publicidad, habría producido mucho efecto en la opinión pública.»

A consecuencia de la nueva ley fueron detenidas cuatrocientas personas, y trescientas de ellas enviadas á Argelia. «Efectuada esta ejecución, dice M. de

la Gorce en su *Historia del segundo Imperio*, el gobierno, ya fuera por haber recobrado su sangre fría, ya por moderación ó bien por arrepentimiento, se negó á llevar más adelante una repetición tan inmotivada é inoportuna del golpe de Estado.»

El 25 de marzo anunció el *Moniteur* que se había conseguido el objeto propuesto y que los que se encontraban expuestos á los rigores gubernamentales no tenían nada que temer si no cometían nuevos desmanes. La ley de seguridad general continuó siendo una espada de Damocles, pero casi nunca hirió ya.»

Napoleón III vacilaba entre dos caminos: el que conducía á la reacción y el que tenía por término el coronamiento del edificio imperial por la libertad. La política de rigor y la de olvido tenían partidarios entre los consejeros del monarca. El general Espinasse representaba la primera de estas políticas combatida por el príncipe Napoleón. Queriendo justificar su programa, el general-ministro dirigió al emperador una nota que se encontró después del 4 de septiembre entre los papeles de las Tullerías. «Una de dos, decía en esta nota, ó V. M. quiere modificar su sistema, desmentir sus antecedentes, cesar, á lo que juzgo, de responder á los votos y á las necesidades más imperiosas del país, y en este caso confieso que no soy ni puedo ser el hombre encargado de semejante misión; ó se propone perseverar con razón en los principios de autoridad vigilante que son y deben ser las bases de su gobierno, sin perjuicio de aflojar, hasta cierto punto, lo que en una situación excepcional había de forzosamente tirante, y en este caso no puede aflojar de un modo conveniente las riendas sino un hombre que sea capaz de tirar de nuevo de ellas y de un modo vigoroso siempre que de ello hubiere necesidad. Prescindir de ese hombre es dar nuevo pasto á la inquietud pública, es justificarla con una apariencia de versatilidad y de debilidad, sin contentar en absoluto á los que en el fondo se proponen derribar las instituciones imperiales.»

El general se quería hacer de este modo el hombre necesario, y anunciaba su dimisión para el caso en que el emperador no aceptase sus ideas. Esta dimisión fué aceptada, y el general Espinasse, nombrado senador, fué reemplazado el 15 de junio como ministro del Interior por M. Delangle, que no agregó á este título el de ministro de Seguridad general. Al mismo tiempo se creó un nuevo ministerio, el de Argelia y Colonias, para el príncipe Napoleón, llamado de este modo á crear un puesto en el Consejo. Suspendióse, pues, la política excepcional motivada por el atentado del 14 de enero, pudiéndose ya prever una primera orientación hacia el Imperio liberal de 1870.

## XXIII

## EL CONDE DE PERSIGNY

Una de las consecuencias del atentado del 14 de enero fué suscitar complicaciones entre Francia é Inglaterra que por espacio de algunas semanas presentaron un carácter muy grave y sometieron á una prueba ruda la alianza de las dos naciones.

El embajador de Napoleón III á la reina Victoria era el conde de Persigny desde el 7 de mayo de 1855. Nacido en Saint-Germain-Lespinasse, departamento del Loira, el 11 de enero de 1808, acababa de cumplir cincuenta años. Su carrera, como la de su soberano, había abundado en vicisitudes y agitaciones. Hijo de un oficial del primer Imperio que pereció en 1812 en la batalla de Salamanca, había salido con el número uno de la escuela de caballería de Saumur en 1826, pero dejó el servicio militar en 1833. Durante el reinado de Luis Felipe escribió en periódicos legitimistas antes de afiliarse al bonapartismo, del que fué uno de los más fervorosos apóstoles y de los principales precursores. Contribuyó grandemente á la organización del complot de Estrasburgo, y en el acta de acusación se decía de él que era hombre de cabeza y de resolución, activo, inteligente, que poseía como nadie los secretos de las tramas en que se basaba la conspiración.» Reducido á prisión con el príncipe Luis Napoleón, pudo escaparse y logró refugiarse en Inglaterra. Tomó luego parte en la expedición de Boulogne y fué sentenciado á veinte años de reclusión. Encerrado primero en Doullens, logró ser trasladado al hospital militar de Versalles. A fines del reinado de Luis Felipe fué simplemente internado en el recinto de esta ciudad, en la que disfrutaba de entera libertad de acción. Diputado á la Asamblea legislativa en 1849, fué uno de los hombres que más ayudaron al príncipe-presidente á conquistar el poder supremo. Habiendo sido partícipe del trabajo, lo fué del triunfo, y Napoleón III, uno de cuyos méritos consistía en ser hombre agradecido, le colmó de honores, nombrándole ministro del Interior y senador en 1852, embajador en Londres en 1855, gran cruz de la Legión de Honor en 1856, é individuo del Consejo privado en 1858. El 27 de mayo de 1852 había hecho que se casara con una linda joven de diez y ocho años, nacida del matrimonio del general príncipe del Moskowa, hijo mayor del ilustre mariscal, con la hija única del célebre banquero Santiago Laffitte.

Perfecto conocedor de la lengua, costumbres é instituciones de Inglaterra,